

¿Dar la bienvenida al empezar la misa?

En alguna ocasión, uno puede observar que, al empezar la misa, el sacerdote dirige a la asamblea unas palabras de bienvenida. Unas veces en plan más *guay*, otras con un tonillo paternal que echa para atrás, y no faltan las veces en las que predomina el tufo rutinario, de cosa que se dice ya sin pensar. De todo hay.

Pero no vamos a juzgar aquí las maneras; cada uno lo hace como puede y como sabe. Vamos a preguntarnos si este saludo “espontáneo” es propio, adecuado y conveniente al empezar la acción litúrgica.

De hecho, si nos atenemos a nuestra querida *Institutio* del misal, veremos que no está prevista ninguna bienvenida por parte de nadie. En el número 50 (sí, sí, de la *Institutio*...) leemos: «Terminado el

saludo al pueblo [hace referencia a “El Señor esté con vosotros”, que –como decía aquella abuela- traducido significa: *Dominus vobiscum*], el sacerdote o el diácono o un ministro laico puede introducir a los fieles en la misa del día con brevísimas palabras». Este mismo texto se repite, casi igual, en el núm. 124, cuando describe la celebración.

O sea, que se permite –no es obligatoria– una monición en este momento, pero la finalidad está muy bien señalada: «introducir a los fieles en la misa». No habla para nada de dar la bienvenida. ¡Qué raro! ¿No? Pues no: Ene – O.

Porque dar la bienvenida significa situar, automáticamente, a los presentes como invitados a un acto, del cual tú –el sacerdote– eres el anfitrión. Y no es el caso. Ni los

miembros de la asamblea son unos invitados ni el sacerdote es ningún tipo de anfitrión. Él actúa sacramentalmente *in persona Christi capitis*, y como tal ha saludado a los presentes, de tal forma que, con este saludo ritual y la respuesta del pueblo, «queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada» (*Institutio*, núm. 50).

Exactamente, ¡premio a la señora *Institutio*! He ahí la verdad del tema: nuestra sinaxis eucarística no se puede comparar con cualquier otro encuentro humano, y por esto las palabras y las formas no pueden ser semejantes ni confundirnos, sino que, lo empezado con el canto de entrada y el saludo, es un *misterio*, en el sentido más paulino y patristico del término. Por otra parte, los bautizados, en misa, están ahí por derecho propio

(¡derecho y deber!), están en su casa, están donde deben estar. Cuando un sacerdote, pues, da la bienvenida a los presentes, se está adueñando impropriamente de la acción que empieza. Y esta acción no es suya. Él también ha sido llamado, convocado a la misma, por el único Señor. Y con toda la asamblea dará gracias por este gran don.

No nos cabe la menor duda de que, quien hace eso, no lo hace creyendo obrar mal, sino que pone en ello toda su buena fe. Y esta, la buena fe, la reconocemos y aplaudimos. Pero no es suficiente para aprobar en *ars celebrandi*; no es suficiente para promover una *actuosa participatio*. Hay que ir más allá. Hay que leer con atención los libros litúrgicos; ellos nos dirán, de cada celebración, el qué y el porqué.

JGP